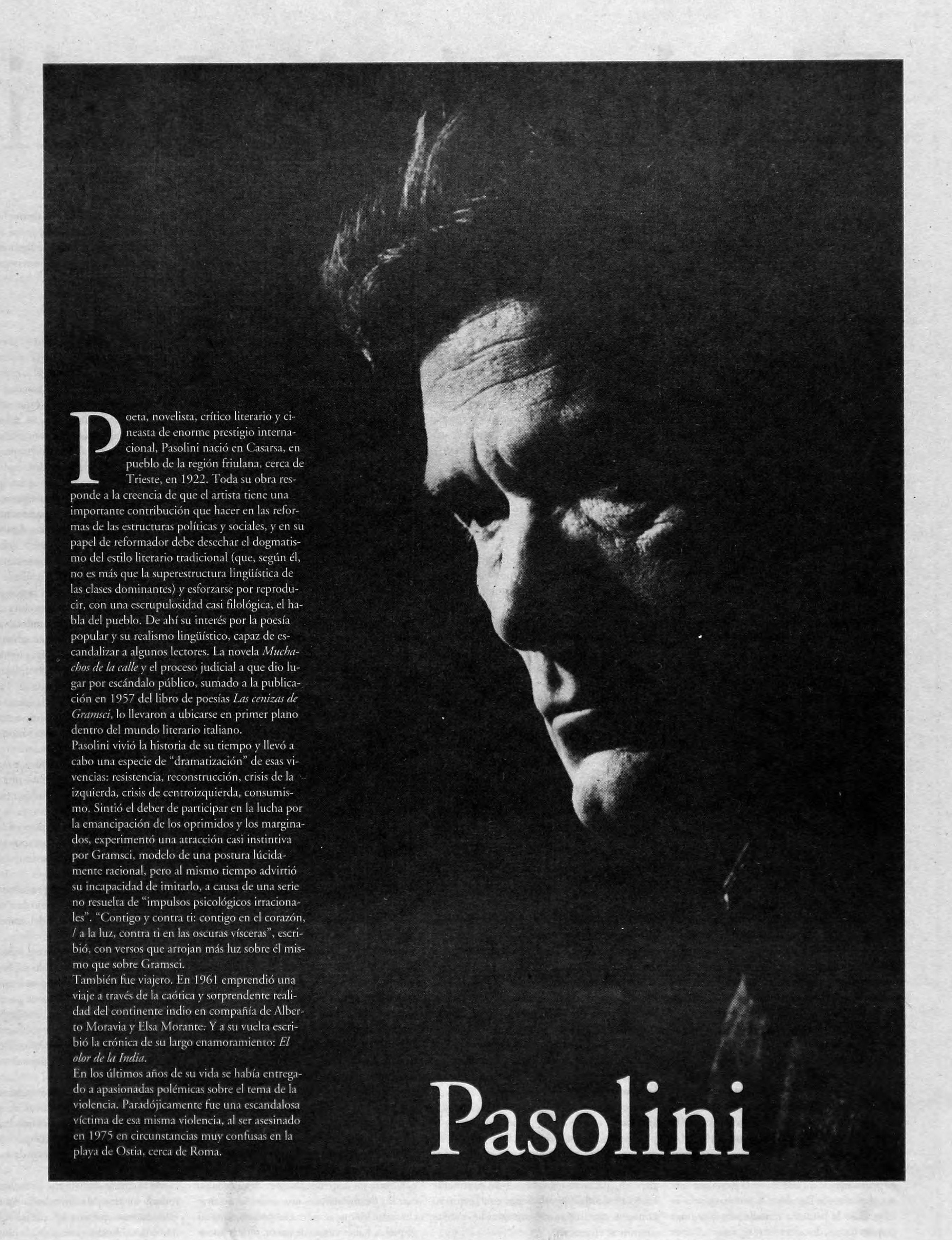


Pasolini

Poeta, novelista, crítico literario y cineasta de enorme prestigio internacional, Pasolini nació en Casarsa, en pueblo de la región friulana, cerca de Trieste, en 1922. Toda su obra responde a la creencia de que el artista tiene una importante contribución que hacer en las reformas de las estructuras políticas y sociales, y en su papel de reformador debe desechar el dogmatismo del estilo literario tradicional (que, según él, no es más que la superestructura lingüística de las clases dominantes) y esforzarse por reproducir, con una escrupulosidad casi filológica, el habla del pueblo. De ahí su interés por la poesía popular y su realismo lingüístico, capaz de escandalizar a algunos lectores. La novela *Muchachos de la calle* y el proceso judicial a que dio lugar por escándalo público, sumado a la publicación en 1957 del libro de poesías *Las cenizas de Gramsci*, lo llevaron a ubicarse en primer plano dentro del mundo literario italiano.

Pasolini vivió la historia de su tiempo y llevó a cabo una especie de "dramatización" de esas vivencias: resistencia, reconstrucción, crisis de la izquierda, crisis de centroizquierda, consumismo. Sintió el deber de participar en la lucha por la emancipación de los oprimidos y los marginados, experimentó una atracción casi instintiva por Gramsci, modelo de una postura lúcidamente racional, pero al mismo tiempo advirtió su incapacidad de imitarlo, a causa de una serie no resuelta de "impulsos psicológicos irracionales". "Contigo y contra ti: contigo en el corazón, / a la luz, contra ti en las oscuras vísceras", escribió, con versos que arrojan más luz sobre él mismo que sobre Gramsci.

También fue viajero. En 1961 emprendió una viaje a través de la caótica y sorprendente realidad del continente indio en compañía de Alberto Moravia y Elsa Morante. Y a su vuelta escribió la crónica de su largo enamoramiento: *El olor de la India*.

En los últimos años de su vida se había entregado a apasionadas polémicas sobre el tema de la violencia. Paradójicamente fue una escandalosa víctima de esa misma violencia, al ser asesinado en 1975 en circunstancias muy confusas en la playa de Ostia, cerca de Roma.

POR PIER PAOLO PASOLINI

El olor de la India

EN 1961 PASOLINI ESCRIBE ESTA CRÓNICA DE SU VIAJE A LA INDIA, EN LA QUE, COMO EN TODA SU OBRA, CONVIVEN LA INDAGACIÓN ANTROPOLÓGICA Y LA FASCINACIÓN POR LO DESCONOCIDO: LA NOCHE DE BOMBAY Y LA EXISTENCIA QUE LLEVAN LOS SERES QUE LA HABITAN.

Es casi la medianoche, hay en el Taj Mahal el aire de un mercado que está cerrando. El gran hotel, uno de los más conocidos del mundo, atravesado de un lado a otro por pasillos y salones altísimos (parece que uno estuviera dando vueltas por el interior de un enorme instrumento musical), está lleno solamente de *boys* vestidos de blanco y de porteros con turbante de gala que aguardan el paso de taxis equívocos. No viene al caso, oh, no viene al caso irse a dormir, en esas alcobas grandes como dormitorios de colegios, llenas de muebles de un triste modernismo tardío, con ventiladores que parecen helicópteros.

Son las primeras horas de mi estancia en la India y no sé dominar la bestia sedienta encerrada en mi interior, como en una jaula. Convenzo a Moravia para que demos por lo menos unos pasos fuera del hotel y respiremos un poco del aire de la primera noche india.

Salimos, por lo tanto, a la estrecha calle sobre el mar que corre detrás del edificio, a través de una salida secundaria. El mar está plácido, no da señales de su presencia. A lo largo del parapeto que lo contiene hay coches aparcados y, cerca de éstos, esos seres fabulosos, sin raíces, sin sentido, llenos de significados dudosos e inquietantes, dotados de una fascinación poderosa, que son los primeros indios de una experiencia que quiere ser exclusiva, como la mía.

Son todos mendigos, o esa clase de personas que viven a la vera de un gran hotel, conocedores de su vida mecánica y secreta: llevan un harapo blanco alrededor de las caderas, otro harapo sobre los hombros y, alguno, otro harapo que le envuelve la cabeza: casi todos son de piel negra, como los negros; algunos son negrísimos.

Hay un grupo bajo los pequeños soportales del Taj Mahal, hacia el lado del mar, jovencitos y chiquillos: uno de ellos es un mutilado, con los miembros como corroídos, y está tendido, envuelto en sus harapos, como si en vez de estar delante de un hotel estuviese delante de una iglesia. Los demás aguardan, silenciosos, preparados.

Todavía no comprendo cuál es su ocupación, su esperanza. Los miro apenas de soslayo, conversando con Moravia, que ya ha estado aquí hace veinticuatro años y conoce el mundo lo bastante para no encontrarse en el estado penoso en que me encuentro yo.

En el mar no hay ni una luz, ni un rumor: nos encontramos casi en el extremo de una larga península, de un cuerno de la bahía que forma el puerto de Bombay: el puerto se ve a lo lejos. Bajo la pequeña muralla sólo hay unas grandes barcas, distantes entre sí y vacías. A unas pocas decenas de metros, contra el mar y el cielo veraniegos, se yergue la Puerta de la India.

Es una especie de arco de triunfo, con cuatro grandes puertas góticas de un estilo *liberty* bastante severo: su mole se dibuja sobre el borde del Océano Indico como uniéndolo, visiblemente, con la tierra firme, que, inmediatamente, es una explanada redonda con unos bancales oscuros, y con unas construcciones, todas grandes, floreales y un poco estropeadas como el Taj Mahal, de un color térreo y artificial, entre pocas farolas inmóviles en la paz del verano profundo.

Junto a los perfiles de esta gran puerta simbólica, también otras figuras como de un grabado europeo del siglo XVII: pequeños indios con las caderas envueltas en un lienzo blanco y, sobre los rostros moros como la noche, el aro de su apretado turbante de harapos. Sólo que, vistos de cerca, estos harapos son mugrientos, de una suciedad triste y natural, muy prosaica, respecto de las sugestiones figurativas de una época en la que ellos, por otra parte, se han detenido. Se trata nuevamente de jóvenes mendigos, o de gente que se las apaña demorándose por la noche en los sitios que, probablemente, de día son el centro de sus actividades. Nos miran de soslayo, a Moravia y a mí, sin ocuparse de nosotros: sus ojos inexpresivos no deben de ver en nuestras personas nada que sea más prometedor. Más aún, casi se cierran en sí mismos, caminando cansinamente a lo largo del parapeto marrón pálido.

> "Todos los pórticos, todas las aceras rebosan de personas que están durmiendo. Tendidas en el suelo, contra las columnas, contra las paredes, contra las jambas de las puertas. Sus harapos las envuelven por completo, embadurnados de suciedad."

Así llegamos hasta la Puerta de la India, que, vista de cerca, es más grande de lo que parece desde lejos. Las puertas ojivales, las paredes caladas, de ese material amarillento y mortecino, se elevan sobre nuestras cabezas con la solemnidad de ciertos vestíbulos de las estaciones nórdicas. Pero adentro, en la penumbra del arco, se oye un canto: son dos o tres voces que cantan conjuntamente, con fuerza, continuas, enfervorizadas.

La entonación, el significado, la sencillez, son los de cualquier canto de jóvenes que se puede escuchar en Italia o en Europa: pero éstos son indios, la melodía es india. Parece la primera vez que alguien canta en el mundo: para mí, que siento la vida de otro continente como otra vida, sin relaciones con la que yo conozco, casi autónoma, con otras leyes suyas interiores, vírgenes.

Me parece que escuchar ese canto de muchachos de Bombay, bajo la Puerta de la India, reviste un significado inefable y cómplice: una revelación, una conversión de la vida. No me queda sino dejar que canten, tratando de espiarlos desde la arista de falso mármol de la gran puerta gótica: están tendidos en el suelo desnudo, bajo la oscura capa de la bóveda ojival, y a la escasa luz lechosa que proviene de la explanada que da al mar. Cubiertos de harapos blancos sobre las caderas, y con esas cabezas negras: no se distingue su edad. Su canto está completamente desprovisto de alegría, sigue una sola frase musical desalentada y acongojante.

Es como si todo se hubiese precipitado sobre este momento de paz cargada y sucia. Nuestra llegada a Bombay desde lo alto: montecillos fangosos, rojizos, cadavéricos, entre pequeñas charcas verduzcas, y un infinito aluvión de chozas, almacenes, miserables barrios nuevos; parecían las vísceras de un animal descuartizado, esparcidas a lo largo del mar y, sobre esas vísceras, centenares de miles de pequeñas piedras preciosas, verdes, amarillo pálido, blancas, que brillaban tiernamente; los primeros changarines que acudieron bajo el vientre del avión: negros como demonios, envueltos en una túnica roja; los primeros rostros indios enseguida fuera del aeropuerto, los taxistas, los chicos que son sus ayudantes, vestidos como griegos antiguos; y el recorrido, como una hendidura a través de la ciudad.

Una hora de coche, a lo largo de un suburbio ilimitado, hecho todo de pequeñas barracas, montones de pequeñas tiendas, sombras de *banjan* sobre casitas indias de aristas desmochadas y completamente caladas como muebles viejos, en las que se entreveían luces; cruces en los que se aglomeraban personas descalzas, vestidas como en la Biblia, tranvías rojos y amarillos de dos pisos; viviendas modernas, enseguida envejecidas por la humedad tropical, entre jardines fangosos y casas de madera, azuladas, verdosas o simplemente corroídas por la humedad y el sol, con infinitos estratos de multitud, y con un mar de luces como si en esa ciudad de seis millones de habitantes hubiera fiesta por todas partes; y luego el centro, siniestro y nuevo, la Malabar Hill con sus palacetes residenciales dignos de Parioli, entre los viejos bungalows y la larguísima avenida junto al mar, con una serie de globos luminosos que se hundían en el mar hasta perderse de vista...

Y vacas por las calles: vacas que caminaban mezcladas con la multitud, que se acurrucaban entre los acurrucados, que deambulaban con los deambulantes, que detenían su marcha entre los que se detenían: pobres vacas cuya piel se había vuelto de barro, obscenamente flacas, algunas pequeñas como perros, devoradas por los ayunos, con la mirada eternamente atraída por objetos destinados a una eterna desilusión. Era casi de noche y ellas se acurrucaban en los cruces, junto a algún semáforo, ante los portales de algún desordenado edificio público, montones negros y grises de hambre y desconcierto.

•••

Incluso agitándose alrededor, la vida tenía el ritmo ralentizado de aquellas pobres bestias; había que ver con qué paciencia la gente aguardaba los autobuses en las paradas: formaban una cola con una disciplina que suizos y alemanes ni pueden imaginar, sin echarse el uno encima del otro, aislados, concentrados. Algunos vestían casi a la manera europea, con pantalones blancos acampanados, mal ajustados, y una ligera camisa blanca; otros, que eran la mayoría, se vestían con una especie de sábana entre las piernas, llena de grandes nudos sobre el vientre, con las pantorrillas, detrás, negras y completamente descubiertas; y, sobre esta sábana, una camisa o una americana europea, con el consabido harapo enrollado alrededor de la cabeza. Otros vestían largos pantalones blancos de estilo árabe, y encima una túnica blanca transparente; otros más llevaban unos *shorts* amplísimos, de los que salían como badajos de campanas las negras piernas flacas, y encima, hasta casi cubrir completamente los pantalones, la flameante camisa. Las mujeres vestían todas el sarí, cargadas de anillos; y los sarís eran de variados colores, desde los más sencillos, unos harapos, hasta los litúrgicos, de paños tejidos con viejo refinamiento artesano.

Esta enorme muchedumbre, prácticamente vestida con toallas, emanaba una sensación de miseria, de indecible indigencia: parecía que todos acabasen de salvarse de un terremoto y, felices de haber sobrevivido, se conformasen con los pobres harapos que tenían al huir de los míseros lechos destruidos, de los ínfimos tugurios.

Y ahora allí están, dos de esos indemnes fugitivos, cantando juntos bajo la Puerta de la India, aguardando la hora del sueño en la cálida noche estival.

Metidos en el interior de esa vida, de la que yo tengo en la retina tan sólo un borrador de la superficie externa, cantan una canción (tan vieja y familiar para ellos como pura novedad para mí) a la que yo pido el encargo de expresar algo inexpresable, y que solamente las jornadas futuras que aquí me aguardan, a partir de mañana, podrán poco a poco desenvenenar y equilibrar.

Pero a estas alturas Moravia decide que ya es hora de estar cansados y, con su maravilloso higienismo, se dirige decidido hacia el Taj Mahal. Pero yo no. Yo, hasta que no me siento extenuado (carente como soy de sentido económico), no me rindo.

Me aventuro en solitario para vagabundear todavía un rato. Me dirijo hacia aquellos bancales oscuros, junto a los edificios dilatados, que están al final de la explanada junto al mar. A la derecha hay un gran edificio oscuro que parece de terracota, de estilo novecentista con alusiones al gusto indio, y a la izquierda, otro

POR PIER PAOLO PASOLINI

El olor de la India

EN 1961 PASOLINI ESCRIBE ESTA CRÓNICA DE SU VIAJE A LA INDIA, EN LA QUE, COMO EN TODA SU OBRA, CONVIVEN LA INDAGACIÓN ANTROPOLÓGICA Y LA FASCINACIÓN POR LO DESCONOCIDO: LA NOCHE DE BOMBAY Y LA EXISTENCIA QUE LLEVAN LOS SERES QUE LA HABITAN.

Es casi la medianoche, hay en el Taj Mahal el aire de un mercado que está cerrando. El gran hotel, uno de los más conocidos del mundo, atravesado de un lado a otro por pasillos y salones altísimos (parece que uno estuviera dando vueltas por el interior de un enorme instrumento musical), está lleno solamente de *boys* vestidos de blanco y de porteros con turbante de gala que aguardan el paso de taxis equívocos. No viene al caso, oh, no viene al caso irse a dormir, en esas alcobas grandes como dormitorios de colegios, llenas de muebles de un triste modernismo tardío, con ventiladores que parecen helicópteros.

Son las primeras horas de mi estancia en la India y no sé dominar la bestia sedienta encerrada en mi interior, como en una jaula. Convenzo a Moravia para que demos por lo menos unos pasos fuera del hotel y respiremos un poco del aire de la primera noche india.

Salimos, por lo tanto, a la estrecha calle sobre el mar que corre detrás del edificio, a través de una salida secundaria. El mar está plácido, no da señales de su presencia. A lo largo del parapeto que lo contiene hay coches aparcados y, cerca de éstos, esos seres fabulosos, sin raíces, sin sentido, llenos de significados dudosos e inquietantes, dotados de una fascinación poderosa, que son los primeros indios de una experiencia que quiere ser exclusiva, como la mía.

Son todos mendigos, o esa clase de personas que viven a la vera de un gran hotel, conocedores de su vida mecánica y secreta: llevan un harapo blanco alrededor de las caderas, otro harapo sobre los hombros y, alguno, otro harapo que le envuelve la cabeza: casi todos son de piel negra, como los negros; algunos son negrísimos.

Hay un grupo bajo los pequeños soportales del Taj Mahal, hacia el lado del mar, jovencitos y chiquillos: uno de ellos es un mutilado, con los miembros como corroídos, y está tendido, envuelto en sus harapos, como si en vez de estar delante de un hotel estuviese delante de una iglesia. Los demás aguardan, silenciosos, preparados.

Todavía no comprendo cuál es su ocupación, su esperanza. Los miro apenas de soslayo, conversando con Moravia, que ya ha estado aquí hace veinticuatro años y conoce el mundo lo bastante para no encontrarse en el estado penoso en que me encuentro yo.

En el mar no hay ni una luz, ni un rumor: nos encontramos casi en el extremo de una larga península, de un cuerno de la bahía que forma el puerto de Bombay: el puerto se ve a lo lejos. Bajo la pequeña muralla sólo hay unas grandes barcas, distantes entre sí y vacías. A unas pocas decenas de metros, contra el mar y el cielo veraniegos, se yergue la Puerta de la India.

Es una especie de arco de triunfo, con cuatro grandes puertas góticas de un estilo *liberty* bastante severo: su mole se dibuja sobre el borde del Océano Indico como uniéndolo, visiblemente, con la tierra firme, que, inmediatamente, es una explanada redonda con unos bancales oscuros, y con unas construcciones, todas grandes, floreales y un poco estropeadas como el Taj Mahal, de un color térreo y artificial, entre pocas farolas inmóviles en la paz del verano profundo.

Junto a los perfiles de esta gran puerta simbólica, también otras figuras como de un grabado europeo del siglo XVII: pequeños indios con las caderas envueltas en un lienzo blanco y, sobre los rostros moros como la noche, el aro de su apretado turbante de harapos. Sólo que, vistos de cerca, estos harapos son mugrientos, de una suciedad triste y natural, muy prosaica, respecto de las sugestiones figurativas de una época en la que ellos, por otra parte, se han detenido. Se trata nuevamente de jóvenes mendigos, o de gente que se las apaña demorándose por la noche en los sitios que, probablemente, de día son el centro de sus actividades. Nos miran de soslayo, a Moravia y a mí, sin ocuparse de nosotros: sus ojos inexpresivos no deben de ver en nuestras personas nada que sea más prometedor. Más aún, casi se cierran en sí mismos, caminando cansinamente a lo largo del parapeto marrón pálido.

> “Todos los pórticos, todas las aceras rebosan de personas que están durmiendo. Tendidas en el suelo, contra las columnas, contra las paredes, contra las jambas de las puertas. Sus harapos las envuelven por completo, embadurnados de suciedad.”

Así llegamos hasta la Puerta de la India, que, vista de cerca, es más grande de lo que parece desde lejos. Las puertas ojivales, las paredes caladas, de ese material amarillento y mortecino, se elevan sobre nuestras cabezas con la solemnidad de ciertos vestíbulos de las estaciones nórdicas. Pero adentro, en la penumbra del arco, se oye un canto: son dos o tres voces que cantan conjuntamente, con fuerza, continuas, enfervorizadas.

La entonación, el significado, la sencillez, son los de cualquier canto de jóvenes que se puede escuchar en Italia o en Europa: pero éstos son indios, la melodía es india. Parece la primera vez que alguien canta en el mundo: para mí, que siento la vida de otro continente como otra vida, sin relaciones con la que yo conozco, casi autónoma, con otras leyes suyas interiores, vírgenes.

Me parece que escuchar ese canto de muchachos de Bombay, bajo la Puerta de la India, reviste un significado inefable y cómplice: una revelación, una conversión de la vida. No me queda sino dejar que canten, tratando de espiarlos desde la arista de falso mármol de la gran puerta gótica: están tendidos en el suelo desnudo, bajo la oscura capa de la bóveda ojival, y a la escasa luz lechosa que proviene de la explanada que da al mar. Cubiertos de harapos blancos sobre las caderas, y con esas cabezas negras: no se distingue su edad. Su canto está completamente desprovisto de alegría, sigue una sola frase musical desalentada y acongojante.

Es como si todo se hubiese precipitado sobre este momento de paz cargada y sucia. Nuestra llegada a Bombay desde lo alto: montecillos fangosos, rojizos, cadavéricos, entre pequeñas charcas verduzcas, y un infinito aluvión de chozas, almacenes, miserables barrios nuevos; parecían las vísceras de un animal descuartizado, esparcidas a lo largo del mar y, sobre esas vísceras, centenares de miles de pequeñas piedras preciosas, verdes, amarillo pálido, blancas, que brillaban tiernamente; los primeros changarines que acudieron bajo el vientre del avión: negros como demonios, envueltos en una túnica roja; los primeros rostros indios enseguida fuera del aeropuerto, los taxistas, los chicos que son sus ayudantes, vestidos como griegos antiguos; y el recorrido, como una hendidura a través de la ciudad.

Una hora de coche, a lo largo de un suburbio ilimitado, hecho todo de pequeñas barracas, montones de pequeñas tiendas, sombras de *banjan* sobre casitas indias de aristas desmochadas y completamente caladas como muebles viejos, en las que se entreveían luces; cruces en los que se aglomeraban personas descalzas, vestidas como en la Biblia, tranvías rojos y amarillos de dos pisos; viviendas modernas, enseguida envejecidas por la humedad tropical, entre jardines fangosos y casas de madera, azuladas, verdosas o simplemente corroídas por la humedad y el sol, con infinitos estratos de multitud, y con un mar de luces como si en esa ciudad de seis millones de habitantes hubiera fiesta por todas partes; y luego el centro, siniestro y nuevo, la Malabar Hill con sus palacetes residenciales dignos de Parioli, entre los viejos bungalows y la larguísima avenida junto al mar, con una serie de globos luminosos que se hundían en el mar hasta perderse de vista...

Y vacas por las calles: vacas que caminaban mezcladas con la multitud, que se acurrucaban entre los acurrucados, que deambulaban con los deambulantes, que detenían su marcha entre los que se detenían: pobres vacas cuya piel se había vuelto de barro, obscenamente flacas, algunas pequeñas como perros, devoradas por los ayunos, con la mirada eternamente atraída por objetos destinados a una eterna desilusión. Era casi de noche y ellas se acurrucaban en los cruces, junto a algún semáforo, ante los portales de algún desordenado edificio público, montones negros y grises de hambre y desconcierto.

•••

Incluso agitándose alrededor, la vida tenía el ritmo ralentizado de aquellas pobres bestias; había que ver con qué paciencia la gente aguardaba los autobuses en las paradas: formaban una cola con una disciplina que suizos y alemanes ni pueden imaginar, sin echarse el uno encima del otro, aislados, concentrados. Algunos vestían casi a la manera europea, con pantalones blancos acampanados, mal ajustados, y una ligera camisa blanca; otros, que eran la mayoría, se vestían con una especie de sábana entre las piernas, llena de grandes nudos sobre el vientre, con las pantorrillas, detrás, negras y completamente descubiertas; y, sobre esta sábana, una camisa o una americana europea, con el consabido harapo enrollado alrededor de la cabeza. Otros vestían largos pantalones blancos de estilo árabe, y encima una túnica blanca transparente; otros más llevaban unos *shorts* amplísimos, de los que salían como badajos de campanas las negras piernas flacas, y encima, hasta casi cubrir completamente los pantalones, la flameante camisa. Las mujeres vestían todas el sarí, cargadas de anillos; y los sarís eran de variados colores, desde los más sencillos, unos harapos, hasta los litúrgicos, de paños tejidos con viejo refinamiento artesano.

Esta enorme muchedumbre, prácticamente vestida con toallas, emanaba una sensación de miseria, de indecible indigencia: parecía que todos acabasen de salvarse de un terremoto y, felices de haber sobrevivido, se conformasen con los pobres harapos que tenían al huir de los míseros lechos destruidos, de los ínfimos tugurios.

Y ahora allí están, dos de esos indemnes fugitivos, cantando juntos bajo la Puerta de la India, aguardando la hora del sueño en la cálida noche estival.

Metidos en el interior de esa vida, de la que yo tengo en la retina tan sólo un borrador de la superficie externa, cantan una canción (tan vieja y familiar para ellos como pura novedad para mí) a la que yo pido el encargo de expresar algo inexpresable, y que solamente las jornadas futuras que aquí me aguardan, a partir de mañana, podrán poco a poco desenvenenar y equilibrar.

Pero a estas alturas Moravia decide que ya es hora de estar cansados y, con su maravilloso higienismo, se dirige decidido hacia el Taj Mahal. Pero yo no. Yo, hasta que no me siento extenuado (carente como soy de sentido económico), no me rindo.

Me aventuro en solitario para vagabundear todavía un rato. Me dirijo hacia aquellos bancales oscuros, junto a los edificios dilatados, que están al final de la explanada junto al mar. A la derecha hay un gran edificio oscuro que parece de terracota, de estilo novecentista con alusiones al gusto indio, y a la izquierda, otro hotel con un pequeño pórtico ante la fachada; y una gasolinera; y una explanada con semáforo, y después, más adelante, detrás de una curva, una inmensa plaza oval, toda rodeada de palmeras mortecinas bajo la luz descremada e impura de la luna. Un paisaje de tarjeta postal exótica del siglo pasado, digno de un tapiz de Porta Portese. En la inmensa explanada oval todavía hay alguien merodeando, con sus harapos blancos.

Unos jóvenes están jugando en silencio con clavas, otros están acurrucados, con las rodillas a la altura del rostro y los brazos que cuelgan apoyados sobre las rodillas. Todavía circula algún que otro taxi, la noche es cálida y hueca, como en los sitios de veraneo en la plenitud del verano.

Vuelvo a remontar el camino hacia el hotel. Frente a un edificio, ahora apagado, el Regal, que es al mismo tiempo cine y centro de diversión, un muchacho se me acerca con sus *shorts* anchos como faldas y la sucia camisa encima. Me da a entender que está dispuesto a ofrecerme algo: ante todo a conseguirme alcohol, porque en Bombay rige el prohibicionismo; y después, naturalmente, algo más. Cree que soy un marinero que ha desembarcado de algún buque. Le doy una rupia y lo dejo: me siento intimidado, no entiendo nada de ese personaje.

Otros como él están en las cercanías, sobre las aceras calientes y llenas de un polvo seco y viejo, bajo los edificios cadavéricos. Me miran y no me dirigen la palabra, se ocupan de sus asuntos.

•••

Delante del hotel con soportales hay todo un grupo, amontonado en el suelo, sobre el polvo: miembros, harapos y sombra se confunden. Al verme pasar, dos o tres se ponen de pie y me siguen, como esperando algo. Entonces me detengo y les sonrío, inseguro.

Uno negro, delgado, con un delicado rostro ario y un enorme mechón de pelo negro, me saluda, se me acerca, descalzo, con sus harapos encima, uno entre las piernas y el otro sobre los hombros; detrás de él se adelanta otro, éste negro reluciente, con la gran boca negroide sobre la que brota, negro, el vello de la adolescencia; pero si sonríe, en el fondo del rostro negro relumbra un candor inmaculado: un flash interior, un viento, una llamarada que desgarra la capa negra sobre la zapa blanca que es su risa interior.

El primero se llama Sundar, el otro Sardar, uno es muslime y el otro hindú. Sundar proviene de Haiderabad, donde tiene familiares; busca fortuna en Bombay, tal como un chico calabrés puede acudir a Roma: a una ciudad donde no tiene a nadie, donde no tiene vivienda y ha de apañarse para dormir como sea y comer cuando pueda. Tose, desde su pequeño tórax de pájaro: tal vez sea tísico. La religión mahometana brinda a su rostro dulce y afilado cierto aire de tímida astucia, mientras que el otro, Sardar, es todo dulzura y devoción: hindú hasta la médula.

También él proviene del lejano Andra, la región de Madrás, y no tiene familia, ni casa, ni nada.

Los demás, sus amigos, se han quedado más atrás, bajo la sombra de la puerta secundaria del hotel. Pero ahora los veo moverse en silencio. Están alrededor de un voluminoso envoltorio de papel que abren sobre la acera polvorienta.

Pregunto a Sardar y a Sundar qué es lo que están haciendo: comen *pudding*, los residuos de las cenas del hotel. Comen callados, como perros, pero sin reñir, con la sensatez y la dulzura de los indios.

Sardar y Sundar los miran, junto conmigo, con una sonrisa que quiere decir que ellos también obran así, y que, si yo no estuviese allí, también ellos estarían comiendo aquellas sobras en ese momento. En cambio, nos vamos a dar una vuelta por los alrededores.

Las calles están ya desiertas, perdidas en su polvoriento, seco, sucio silencio. Tienen algo de grandioso y al mismo tiempo miserable: es la parte central, moderna, de la ciudad, pero la corrupción de las piedras, de los postigos, de las maderas, es la de un viejo poblado.

Casi todas las casas, decrépitas, tienen un pequeño pórtico ante la fachada: y aquí... me encuentro ante uno de los hechos más impresionantes de la India.

Todos los pórticos, todas las aceras rebosan de personas que están durmiendo. Tendidas en el suelo, contra las columnas, contra las paredes, contra las jambas de las puertas. Sus harapos las envuelven por completo, embadurnados de suciedad. Su sueño es tan profundo que parecen unos muertos envueltos en sudarios desgarrados y fétidos.

Se trata de jóvenes, muchachos, viejos y mujeres con sus críos. Duermen acurrucados o boca arriba, son centenares. Algunos están todavía despiertos, especialmente unos muchachos: merodean o hablan en voz baja, sentados en el umbral de alguna tienda cerrada o en los escalones de alguna vivienda. Alguno se está acostando en ese momento y se envuelve en su sábana, que le cubre la cabeza. Toda la calle está llena del silencio de ellos: y su sueño se parece a la muerte, pero a una muerte que, a su vez, es dulce como el sueño.

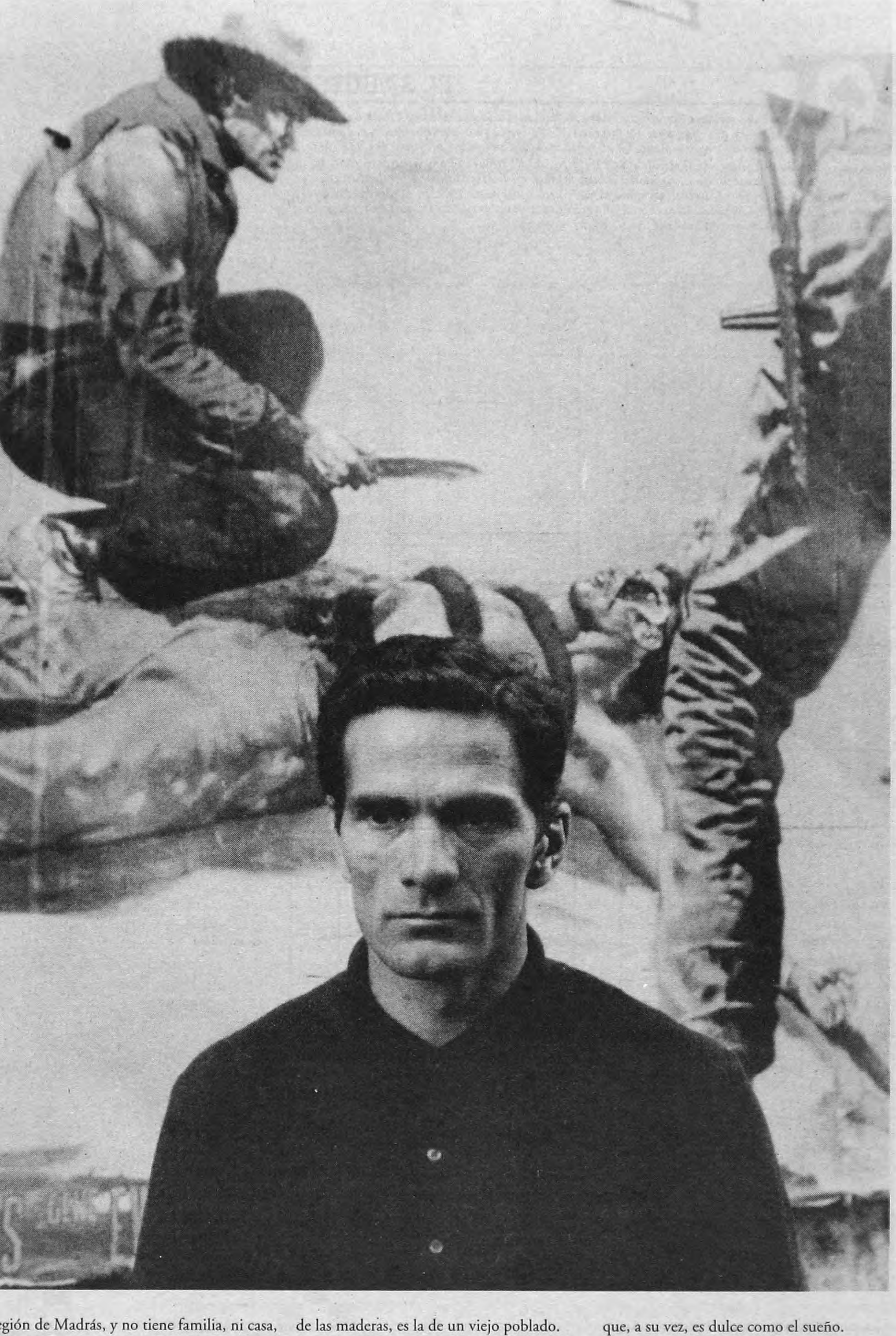
Sardar y Sundar los miran con la misma sonrisa con que miraban a sus amigos devorar los restos de los *puddings*: ellos también dormirán así dentro de un rato.

Me acompañan hacia el Taj Mahal. Allá está la Puerta de la India, contra el mar. Ha cesado el canto: ciertamente, los dos muchachos que cantaban ahora están durmiendo sobre el suelo desnudo, en sus harapos. Ya sé un poco de lo que quería saber a través de su canto. Una miseria horrorosa.

Sardar y Sundar se despiden de mí, corteses, con sus sonrisas de blancura solar sobre el fondo de los rostros oscuros. No esperaban que yo les diese unas rupias: por eso las cogen llenos de alegre sorpresa. Sardar aferra mi mano y me la besa, diciéndome: *You are a good sir.*

Los dejo, emocionado como un imbécil. Algo ya ha empezado.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS, SELECCIÓN DE TEXTOS Y FOTOS POR GUILLERMO PIRO. DE *EL OLOR DE LA INDIA*, POR PIER PAOLO PASOLINI. SE REPRODUCE AQUÍ POR GENTILEZA DE EDICIONES PENÍNSULA.



hotel con un pequeño pórtico ante la fachada; y una gasolinera; y una explanada con semáforo, y después, más adelante, detrás de una curva, una inmensa plaza oval, toda rodeada de palmeras mortecinas bajo la luz descremada e impura de la luna. Un paisaje de tarjeta postal exótica del siglo pasado, digno de un tapiz de Porta Portese. En la inmensa explanada oval todavía hay alguien merodeando, con sus harapos blancos.

Unos jóvenes están jugando en silencio con clavas, otros están acurrucados, con las rodillas a la altura del rostro y los brazos que cuelgan apoyados sobre las rodillas. Todavía circula algún que otro taxi, la noche es cálida y hueca, como en los sitios de veraneo en la plenitud del verano.

Vuelvo a remontar el camino hacia el hotel. Frente a un edificio, ahora apagado, el Regal, que es al mismo tiempo cine y centro de diversión, un muchacho se me acerca con sus *shorts* anchos como faldas y la sucia camisa encima. Me da a entender que está dispuesto a ofrecerme algo: ante todo a conseguirme alcohol, porque en Bombay rige el prohibicionismo; y después, naturalmente, algo más. Cree que soy un marinero que ha desembarcado de algún buque. Le doy una rupia y lo dejo: me siento intimidado, no entiendo nada de ese personaje.

Otros como él están en las cercanías, sobre las aceras calientes y llenas de un polvo seco y viejo, bajo los edificios cadavéricos. Me miran y no me dirigen la palabra, se ocupan de sus asuntos.

•••

Delante del hotel con soportales hay todo un grupo, amontonado en el suelo, sobre el polvo: miembros, harapos y sombra se confunden. Al verme pasar, dos o tres se ponen de pie y me siguen, como esperando algo. Entonces me detengo y les sonrío, inseguro.

Uno negro, delgado, con un delicado rostro ario y un enorme mechón de pelo negro, me saluda, se me acerca, descalzo, con sus harapos encima, uno entre las piernas y el otro sobre los hombros; detrás de él se adelanta otro, éste negro reluciente, con la gran boca negroide sobre la que brota, negro, el vello de la adolescencia; pero si sonríe, en el fondo del rostro negro relumbra un candor inmaculado: un flash interior, un viento, una llamarada que desgarra la capa negra sobre la zapa blanca que es su risa interior.

El primero se llama Sundar, el otro Sardar, uno es muslime y el otro hindú. Sundar proviene de Haiderabad, donde tiene familiares; busca fortuna en Bombay, tal como un chico calabrés puede acudir a Roma: a una ciudad donde no tiene a nadie, donde no tiene vivienda y ha de apañarse para dormir como sea y comer cuando pueda. Tose, desde su pequeño tórax de pájaro: tal vez sea tísico. La religión mahometana brinda a su rostro dulce y afilado cierto aire de tímida astucia, mientras que el otro, Sardar, es todo dulzura y devoción: hindú hasta la médula.

También él proviene del lejano Andra, la región de Madrás, y no tiene familia, ni casa, ni nada.

Los demás, sus amigos, se han quedado más atrás, bajo la sombra de la puerta secundaria del hotel. Pero ahora los veo moverse en silencio. Están alrededor de un voluminoso envoltorio de papel que abren sobre la acera polvorienta.

Pregunto a Sardar y a Sundar qué es lo que están haciendo: comen *pudding*, los residuos de las cenas del hotel. Comen callados, como perros, pero sin reñir, con la sensatez y la dulzura de los indios.

Sardar y Sundar los miran, junto conmigo, con una sonrisa que quiere decir que ellos también obran así, y que, si yo no estuviese allí, también ellos estarían comiendo aquellas sobras en ese momento. En cambio, nos vamos a dar una vuelta por los alrededores.

Las calles están ya desiertas, perdidas en su polvoriento, seco, sucio silencio. Tienen algo de grandioso y al mismo tiempo miserable: es la parte central, moderna, de la ciudad, pero la corrupción de las piedras, de los postigos, de las maderas, es la de un viejo poblado.

Casi todas las casas, decrépitas, tienen un pequeño pórtico ante la fachada: y aquí... me encuentro ante uno de los hechos más impresionantes de la India.

Todos los pórticos, todas las aceras rebosan de personas que están durmiendo. Tendidas en el suelo, contra las columnas, contra las paredes, contra las jambas de las puertas. Sus harapos las envuelven por completo, embadurnados de suciedad. Su sueño es tan profundo que parecen unos muertos envueltos en sudarios desgarrados y fétidos.

Se trata de jóvenes, muchachos, viejos y mujeres con sus críos. Duermen acurrucados o boca arriba, son centenares. Algunos están todavía despiertos, especialmente unos muchachos: merodean o hablan en voz baja, sentados en el umbral de alguna tienda cerrada o en los escalones de alguna vivienda. Alguno se está acostando en ese momento y se envuelve en su sábana, que le cubre la cabeza. Toda la calle está llena del silencio de ellos: y su sueño se parece a la muerte, pero a una muerte que, a su vez, es dulce como el sueño.

Sardar y Sundar los miran con la misma sonrisa con que miraban a sus amigos devorar los restos de los *puddings*: ellos también dormirán así dentro de un rato.

Me acompañan hacia el Taj Mahal. Allá está la Puerta de la India, contra el mar. Ha cesado el canto: ciertamente, los dos muchachos que cantaban ahora están durmiendo sobre el suelo desnudo, en sus harapos. Ya sé un poco de lo que quería saber a través de su canto. Una miseria horrorosa.

Sardar y Sundar se despiden de mí, corteses, con sus sonrisas de blancura solar sobre el fondo de los rostros oscuros. No esperaban que yo les diese unas rupias: por eso las cogen llenos de alegre sorpresa. Sardar aferra mi mano y me la besa, diciéndome: *You are a good sir.*

Los dejo, emocionado como un imbécil. Algo ya ha empezado.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS, SELECCIÓN DE TEXTOS Y FOTOS POR GUILLERMO PIRO. DE *EL OLOR DE LA INDIA*, POR PIER PAOLO PASOLINI. SE REPRODUCE AQUÍ POR GENTILEZA DE EDICIONES PENÍNSULA.

EL SABUESO

Un buen sabueso ha recorrido esmeradamente cada uno de estos campos cuadriculados. Al día siguiente llega usted y sólo encuentra algunos rastros dispersos. Reconstruya exactamente los recorridos del sabueso sabiendo que: 1) Cada tablero contiene un recorrido diferente e independiente de los otros. 2) El sabueso ha avanzado a lo largo de números consecutivos, pasando de una casilla a otra vecina, en horizontal o en vertical (nunca en diagonal). 3) Cada recorrido empieza en un número que puede estar entre 1 y 25, y es algo que también usted deberá descubrir. 4) El sabueso no ha dejado casillas sin visitar; es decir, ha recorrido todo el tablero. 5) En el primer caso indicamos el comienzo del recorrido.

A

→	13				45
	10				
	19			38	
22			35		
			30		

B

	20	17	40		
				45	52
	27				
	32				

C

8	15				
					35
1	4	19	26		

D

37		33			
		2		10	
	28				
			7		
		23			

Telar

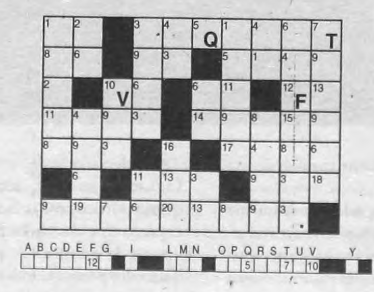
Complete las palabras, colocando los grupos de dos letras que se dan al pie. Las letras insertadas, leídas de izquierda a derecha y de arriba hacia abajo, formarán una frase.

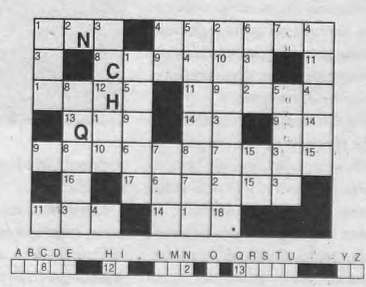
			▼	▼			
1	N	E			C	I	O
2	B	I			R	O	N
3	C	A			E	R	O
4	R	E			M	A	R
5	M	I			R	I	A
6	C	U			T	O	R
7	L	L			O	S	O
8	V	I			N	T	E
9	G	A			D	O	R
10	C	A			E	T	A
11	O	T			G	A	R
12	S	I			L	A	R
13	D	I			O	S	O
14	L	L			A	D	A
15	P	L			E	R	O
16	A	C			T	A	R
17	A	V			D	O	R
18	A	R			E	R	O
19	P	R			I	O	N
20	P	L			O	R	A
21	C	I			A	G	A
22	C	I			R	R	A

AM - AR - AY - BE - CH - DE - EN - ES - ES - ET - GA - GO - IA - MU - NA - NO - OR - OR - OR - QU - RN - RP.

Criptofrases

En cada esquema se esconde una frase. A igual número corresponde igual letra. Como ayuda va un cuadro auxiliar en cada caso, con las letras que intervienen.





Soluciones

Telar

1. NEGOCIO / 2. BIBERON / 3. CARNERO / 4. REARMAR / 5. MINORIA / 6. CUESTOR / 7. LLOROSO / 8. VIDENTE / 9. GANADOR / 10. CARPETA / 11. OTORGAR / 12. SIMULAR / 13. DICHOSO / 14. LLAMADA / 15. PLAYERO / 16. ACORTAR / 17. AVIADOR / 18. ARQUERO / 19. PRESION / 20. PLETORA / 21. CIENAGA / 22. CIGARRA.

"Gobernar no es ordenar, por mucha mayoría que se tenga." Juan Luis Cebrián.

Criptofrases

"Una sonrisa cuesta mucho menos que la electricidad y brinda más luz." Proverbio escocés.

"Un siquiatra es quien va al Folies Bergeres y mira a los espectadores." Jean Rigaux.

El Sabueso



A

12	13	14	15	44	45
11	10	17	16	43	42
20	19	18	37	38	41
21	26	27	36	39	40
22	25	28	35	34	33
23	24	29	30	31	32

B

21	20	17	40	41	42
22	19	18	39	44	43
23	24	25	38	45	52
28	27	26	37	46	51
29	32	33	36	47	50
30	31	34	35	48	49

C

9	10	11	12	31	32
8	15	14	13	30	33
7	16	17	28	29	34
6	5	18	27	36	35
1	4	19	26	25	24
2	3	20	21	22	23

D

36	35	34	13	14	15
37	32	33	12	11	16
30	31	2	3	10	17
29	28	5	4	9	18
26	27	6	7	8	19
25	24	23	22	21	20